

RESPUESTAS III

CVX Y OTROS PARTNERS

& Malta

Anthony J. Frendo

El 5 de febrero 2001, seis malteses -un matrimonio, dos mujeres single y dos hombres casados- hicieron un compromiso público como asociados ignacianos durante una mesa celebrado con motivo del décimo aniversario de la muerte del padre Pedro Arrupe, S.J. Se comprometían públicamente a compartir el apostolado de los jesuitas de Malta; en efecto, recibieron su “misión particular” del padre Provincial, aunque este gesto no estableciera algún vínculo jurídico con la Compañía de Jesús. Además, había sido especificado claramente que su compromiso no era un voto. Este compromiso había sido tomado por un año, para renovarlo por otros tres.

Después de la misa, durante una recepción en la residencia de la Compañía, cerca de la universidad de Malta, el padre Provincial me vino a visitar (uno de los nuevos socios ignacianos) y me pidió redactar algo sobre la Asociación ignaciana. Preferí indicar algunas ideas generales sobre el argumento en lugar de trazar la historia de los asociados ignacianos de Malta.

En realidad esta historia es relativamente breve: en 1998, las seis personas mencionadas habían contactado el provincial de Malta en dos diferentes grupos, independientes el uno del otro, y le habían manifestado que se

sentían impulsados “en Cristo” a participar más extrachamente en el apostolado de la Compañía de Jesús. Entonces el Provincial nos reunió a todos y luego, al comienzo del otoño de 1998, organizamos una serie de encuentros (oración, estudio y discernimiento) generalmente junto con el Provincial, para poder percibir más claramente a dónde nos llevaría todo esto. En una ocasión, el 8 de diciembre de 1998, tuvimos la fortuna de tener con nosotros al padre Joseph Tetlow; en esta reunión particular, el nos habló de los trabajos en las redes y asociaciones ignacianas esparcidas en todo el mundo. El resultado de nuestras reuniones fue que todos nos sentimos que debíamos colaborar más estrechamente con la Compañía de Jesús de Malta convirtiéndonos en asociados ignacianos. Y una condición necesaria para volverse asociados era haber hecho (en cualquiera de sus formas) los Ejercicios Espirituales completos de San Ignacio.

Así, ser asociado ignaciano comporta un vínculo más estrecho con la Compañía de Jesús tanto en su espiritualidad como en su apostolado. Para mí este es un punto importante; en efecto, pienso que si todo asociado de la Compañía de Jesús colabora con ella, no todo colaborador es un asociado. En efecto, ser asociado de la Compañía de Jesús comporta que la conozca, aprecia y viva la espiritualidad de San Ignacio de Loyola. En realidad, esto quiere decir también que siente que Cristo rey llama a participar más íntimamente en el apostolado de la Compañía. Para un asociado ignaciano, los Ejercicios Espirituales son como un trampolín desde donde se puede uno lanzar en el torbellino contemporáneo de los desafíos apostólico. Se da uno cuenta que está luchando, de cualquier modo, bajo el estandarte de la cruz, al lado de numerosos jesuitas que literalmente han dejado todo para seguir a Cristo más de cerca.

Los asociados ignacianos desean escuchar y hablar a nuestro mundo herido, que a menudo está sofocado por la presión de la ilusión, de la injusticia, de la pobreza, de la guerra y de la apariencia sin sentido. En efecto, el asociado debe ser una persona formada en la escuela de los *Ejercicios Espirituales*, de tal manera que pueda encontrar literalmente a Dios en todas las cosas. Pero esto quiere decir encontrar a Dios igualmente en medio del sufrimiento, así como lo había hecho Job, es decir, hacer la experiencia de Dios incluso en la prueba y la aflicción. Verdaderamente, como decía Job al final de sus pruebas: “Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis

ojos” (Jb 42,5). Así, Job llevó poco a poco a constatar -y a hacerlo experiencia- que Dios es un misterio que debe ser completamente amado y adorado, sin ser jamás saciado completamente; en realidad, como Iglesia lo repetía frecuentemente, Dios es nuestro “Creador y Señor”. El asociado ignaciano sabe también que para conservar la fuerza de encontrar a Dios en todas las cosas es necesario crecer en amor, lo que es imposible realizar sin un crecimiento en la vida de oración. Y esto quiere decir una unión cada vez más íntima con Jesucristo y verificar si esto es así o no, por medio del examen de conciencia cotidiano, o como se llama con frecuencia, “el examen de su grado de conciencia”.

El mundo y la Iglesia están engullidos en la ola del postmodernismo, y consecuentemente, de un grande relativismo. En medio de todo esto, el asociado ignaciano recuerda la declaración de Cristo que dice ser “el camino, la verdad y la vida”. Recordando estas palabras, el asociado ignaciano recibe la consolación, pero una consolación que no puede guardar por sí mismo. Al contrario, el asociado de la Compañía de Jesús cree firmemente que su espiritualidad es una espiritualidad de servicio; jamás podrá borrar de su espíritu la imagen de Cristo que lava los pies a sus discípulos. Así, en colaboración estrecha con la Compañía de Jesús, los asociados serán enviados a diversos tipos de personas de nuestro mundo, como el pobre, el enfermo, el niño inocente, el intelectual, el científico, el artista y el que sufre en silencio -quizás en su corazón- ignorado por el mundo. Y ellos serán enviados a llevar el mensaje de amor de Cristo. Así, el asociado ignaciano se encontrará en las regiones marcadas por la pobreza, en medio de los ignorantes, al lado de enfermos y prisioneros, en las universidades y en las encrucijadas donde la fe cristiana y las culturas contemporáneas se cruzan.

Ser asociado ignaciano significa comprender y participar con los demás la enseñanza filosófico-cristiana fundamental, según la cual la realización de

el asociado de la Compañía de Jesús cree firmemente que su espiritualidad es una espiritualidad de servicio

sí mismo consiste en ser para los demás. El modelo evidentemente es Jesucristo, que Ignacio ha amado tan profundamente y seguido tan estrechamente. Los asociados ignacianos desearían hacer lo mismo y para realizar mejor esto, se han unido lo más cerca posible a la Compañía de Jesús, compartiendo su espiritualidad y su apostolado, siempre para una mayor gloria de Dios. Como Ignacio de Loyola y sus hijos, los asociados ignacianos no se contentan de lo que es bueno: ellos tienden continuamente hacia lo mejor, y consiguientemente lo que para mayor gloria de Dios.

El Dr. Antony Frendo era jesuita, actualmente casado. Profesor de arqueología en la universidad de Malta, actualmente es jefe del departamento de estudios arábigos y del Cercano Oriente y Acting Dean de la facultad de artes. Estrecho colaborador de los jesuitas en la capellanía de la universidad, es miembro del Centro de Espiritualidad Ignaciana y forma parte del equipo para el curso de formación de dos años para los que dan los Ejercicios Espirituales y para directores espirituales.

& Roma CVX

Gilles y Leah Michaud

Gilles. Hemos dejado Canadá hace más o menos tres años (octubre de 1998) para servir juntos como secretarios administrativos de las Comunidades de Vida Cristiana (CVX) del secretariado mundial en Roma. Este secretariado mundial dispone de una oficina dentro del edificio de la Curia Generalicia de la Compañía de Jesús desde los comienzos de la renovación de las CVX en los años 50. Lo que actualmente conocemos como Comunidades de vida cristiana entonces se les llamaba Congregaciones Marianas. A este *nuevo comienzo* siguieron renovaciones estructurales en el gobierno de las CVX. Una de ellas fue la revisión de los Principios y normas generales que hicieron necesaria la elección de miembros laicos en el Consejo de administración. Otro añadido importante ha sido la designación de un laico como secretario administrativo del secretariado mundial de las CVX, representando así el Consejo de administración mundial de Roma.

Estoy convencido que estos cambios han dado una contribución muy positiva a las CVX en su crecimiento y su desarrollo como organización laica. El establecimiento de un secretariado de las CVX en Roma llega por el ofrecimiento generoso de una oficina en la Curia Generalicia de la Compañía de Jesús. Parfraseando las palabras del P. Paulussen, S.J.: el ofrecimiento de una oficina a las CVX por el P. Janssens, más tarde confirmado por el P. Arrupe y ahora por el P. Kolvenbach, es un signo visible de la relación y la colaboración permanentes entre jesuitas y CVX.

Durante estos últimos años de secretariado, he tenido la oportunidad de visitar diversas CVX nacionales. En estas visitas he notado que existen otras combinaciones semejantes entre los países que cuentan con miembros activos de las CVX y un provincial jesuita. Una vez más, siento que este es un signo tangible de participación entre el provincial jesuita y los dirigentes nacionales de las CVX. Esta participación, como lo he indicado frecuentemente, ha facilitado el diálogo y la colaboración en una variedad de apostolados mutuos.

Sería demasiado naïf de mi parte si pensara que es la práctica generalmente aceptada por todos los países y todas las regiones donde están presentes las CVX y los jesuitas. Se ha vuelto manifiesto a mis ojos que existen malentendidos sobre el valor de las CVX, su vocación laica, su historia y el valor de su existencia como organismo autónomo de la Iglesia. A causa de esta confusión, existen tensiones entre jesuitas y miembros de las CVX. Para vencer estos obstáculos pienso que nosotros, como miembros de una comunidad mundial, y los jesuitas, debemos hacer todo lo posible por apreciar, respetar y afirmar nuestro único llamamiento por parte de Dios, mediante un diálogo honesto y abierto. Inspirados por nuestra común espiritualidad ignaciana, es imperioso, posiblemente hoy más que nunca, que continuemos nuestros esfuerzos de colaboración, como ha sido confirmada en nuestra historia de salvación.

*debemos hacer todo lo posible
por afirmar nuestro único
llamamiento mediante
un diálogo honesto y abierto*

Cuando de esta forma, pienso que nos permitiría discernir colectivamente el llamamiento de Dios a participar en la grande empresa, respondiendo de modo creador y radical a la vida del evangelio en nuestro tiempo.

Leah. Una frase que ha quedado clavada en mi corazón se encuentra en la Congregación General 34 de la Compañía de Jesús: “Ofrecemos la espiritualidad ignaciana como un don específico para la animación del ministerio de los laicos”. Con profunda gratitud recuerdo la larga evolución de esta gracia y su colocación en el ropaje de los Ejercicios que me han servido y sostenido desde entonces. Es con oraciones de acción de gracias que recuerdo a aquellos que me han pasado este tesoro y ha cuidado su evolución.

*los asociados ignacianos
no se contentan de lo
que es bueno*

Por el contrario, me parece que he sido víctima de una cierta ilusión, a saber, que la participación de enriquecimiento mutuo entre jesuitas y laicos, de la que desde el comienzo he hecho experiencia como miembro aceptado del apostolado ignaciano, crecía y maduraba. En su

lugar, lo que siento que aumento es la desconfianza, la desilusión y la impaciencia. Por desgracia, tengo miedo que la participación de una herencia ignaciana y de una pasión por los Ejercicios Espirituales no sean necesariamente los bloques de antaño, apreciados y buscados.

Desde el tiempo de Ignacio, a través de los años de fuerza como de debilidad, la Compañía de Jesús ha encontrado apoyo en la colaboración de los laicos deseosos de estar a su servicio para servir mejor a Dios. En los años que siguieron al Vaticano II, una nueva conciencia de ser Iglesia ha alentado a crecer una laicidad mejor formada y educada. Muchos de nosotros laicos señalar a los *Ejercicios Espirituales* como los que han producido un impacto en nuestras vidas. Hemos cambiado y estábamos cambiando en respuesta a las gracias recibidas. Ser levadura del mundo requiere tiempo; la levadura, en las condiciones queridas, fermenta lenta y calladamente, lo que ella está llamada a realizar.

Escuchar las historias de miembros de las CVX cuya vida ha sido modelada por la espiritualidad ignaciana revela sus intentos de ser esta

levadura. Una crítica justificada podría ser que se han ocupado de tratar de hacer mucho en un campo tan amplio, teniendo, consiguientemente, pocos resultados concretos notables. Asimismo, en el proceso de continuar y aprender nuevas maneras de “creer” existe un deseo de relación que refleja esta madurez. Esta, quizás, sea una zona de tensión entre algunos miembros de la Compañía de Jesús y de las CVX: las relaciones que cambian en un mundo en rápido cambio, entre adultos maduros que tratan de respetar sus géneros de vida diferentes.

Como un miembro de las Comunidades de Vida Cristiana ha sido, en el pasado, un sentido de ser colaborador de la Compañía de Jesús, o, por lo menos, de ser compañeros de viaje. Un cambio se ha producido, una distanciaci3n ha tenido lugar, m1s importante en algunas partes del mundo que en otras. Se han usado criterios arbitrarios que han contribuido a estas divisiones, sin tentativas suficientes de llegar igualmente a alg1n entendimiento sobre lo que se ha medido o sobre cu1l es la norma deseada. Me parece que el di1logo sobre esta cuesti3n de la colaboraci3n jesuitas-laicos se produce cada vez m1s *dentro*, pero hoy en d1a, raramente *entre* los dos grupos.

En nuestro tiempo, el mundo prueba una gran necesidad de signos de unidad y esperanza. El desarrollo de esfuerzos de colaboraci3n creedores, edificados sobre lo que est1 compartido, es ciertamente m1s doloroso y dif1cil que caminar cada uno al lado del otro. El cambio es un desaf1o para todos nosotros, seamos laicos o jesuitas. Querer participar en la batalla para ser signos y agentes de cambio al servicio de Dios, seguramente representa un paso en adelante bien deseado. Creo que vale la pena emplear tiempo para *hablar, orar, explorar y completarse los unos a los otros*, tanto nuevos como viejos, en camino de participaci3n... de lo contrario, corremos el riesgo de predicar lo que no practicamos.

en nuestro tiempo, el mundo prueba una gran necesidad de signos de unidad y esperanza

Gilles y Leah Michaud son miembros de las Comunidades de Vida Cristiana (CVX). Siguiendo la experiencia de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio, han continuado su formaci3n como gu1as espirituales. Son miembros de la Atlantic Association of

Spiritual Directors (Asociación atlántica de directores espirituales) de Canadá. Casados desde hace más de cuarenta años, tienen tres hijos, dos mujeres y un varón. Su hija mayor murió improvisamente hace dos años. Tienen cuantros encantadores nietos que crecen.

& Asia del Pacífico

Jenny H. Go

Nota de introducción. En 1992, la Sra. Jenny H. Go de Manila y el padre australiano Daven Day, actualmente Provincial, invitaron a un grupo de personas a formar la asociación "Amigos de Íñigo" (Cf. CIS # 84, p. 20). Todas las personas invitadas eran miembros de la Red Ignaciana Internacional de la East Asian Jesuit Educational Conference. El grupo había sido constituido para que sus miembros fueran líderes en sus regiones, por lo regular decanos de las facultades o administradores. Todos los miembros prometieron que participarían diariamente a la misa, dedicarían un tiempo a la meditación y harían el examen de conciencia. Se comprometieron igualmente a leer regularmente libros de espiritualidad. Teniendo en cuenta que estaban distribuidos en todo el Pacífico -en Tailandia, Singapur, Hong Kong, Malasia y Estados Unidos- no podían reunirse sino una vez al año para los ejercicios espirituales. La revista ha pedido a la Sra. Go cómo los Amigos de Íñigo están vinculados con la Compañía y qué nos puede enseñar su experiencia a todos nosotros. Esta ha sido su respuesta. - Ed.

Por lo que se refiere a las relaciones de los Amigos de Íñigo con la Compañía de Jesús, no existe algún vínculo jurídico, en el sentido de que no hemos pronunciado voto alguno, ni hecho promesas, ni firmado ningún contrato con los provinciales. Desde el comienzo, el P. Daven Day y yo misma tuvimos la impresión de la hipótesis contraria podría crear algunos problemas en el futuro. Por ejemplo, en el caso de que una determinada

persona hiciera una promesa al provincial de trabajar para la Compañía sin remuneración ni compensación mínima, para luego decidir abandonar el grupo y exigir a la Compañía los salarios con retribuidos. Esto crearía situaciones difíciles.

Deseamos igualmente que los Amigos de Iñigo sean un vínculo espiritual y moral, pero que pertenecen a un grupo particular; los miembros deben vivir realmente el espíritu ignaciano. Pienso que, mientras los que dirigen el grupo estén en relación estrecha con la Compañía (debería quizás decir, estrechamente relacionados con la Compañía) gracias a las actividades espirituales y a un soporte espiritual, no encontraremos dificultad alguna. Soy consciente, igualmente, que un vínculo demasiado flojo puede hacer nacer grupos que no seguirían realmente el espíritu ignaciano, sino que utilizarían este nombre para otros fines, lo cual no sería para nada bueno. Puedo percibir que debería existir una especie de plan relativo según la manera de proceder.

Lo he dicho a los grupos de diferentes países, que nosotros no miramos al número, sino a la calidad de las personas. Pienso que es importante, también, que se deben usar algunos criterios para elegir a los laicos que dirigirán los Ejercicios espirituales, incluidos los que dirigen los Ejercicios según la Anotación 19. Deberían recibir una formación.

Termino con un sentimiento de gratitud por haberme planteado estas preguntas. Las respuestas deberían ser muy útiles para formar grupos todavía más vivos y más ricos espiritualmente.

lo he dicho a los grupos que nosotros no miramos al número, sino a calidad de las personas

La Sra. Jenny H. Go, madre de tres hijos y abuela de dos, es secretaria administrativa de la Comisión para la educación de la Compañía en Asia Oriental, es también miembro de la Comisión Internacional para el Apostolado de la Educación Jesuita, del International Jesuit Education Project y del Consilium Ignatianae Spiritualitatis. Viaja constantemente para ayudar a los educadores a

apoderarse de la pedagogía ignaciana y ha sido designada para promover el grande encuentro de Jabore en agosto de 2001 sobre el ministerio de la educación de la Compañía.

& Filipinas

Cristina Ong & Arsenio Nunez

Estamos muy agradecidos a la Compañía porque nos ha aceptado por lo que somos y por lo que queremos ser. Sí, nosotros laicos, hombres y mujeres, por deseo y por finalidad, participamos en la actividad de los jesuitas en esta escuela superior. Por eso nos hemos encontrado verdaderamente presentes y compartimos la misión-visión de esta obra de la Compañía.

“Estar presentes” significa para nosotros trabajar con y ser aceptados en cargos de autoridad y responsabilidad, pero, más allá de esto, estar verdaderamente con los jesuitas como *colaboradores*. Creemos que el documento, *Las características de la Educación jesuita* pide al jesuita ser “animador”, “testigo”, “inspiración” en una escuela. Pues bien nosotros laicos, Amigos en el Señor, vivimos algo semejante.

Insistimos sobre esto, porque es posible que incluso los jesuitas cuando hablan de colaboración quieran decir que los laicos deberían estar colocados en puestos de autoridad. No pensamos que esta actitud exista entre nosotros laicos, Amigos en el Señor. Como afirmamos que queremos ser verdaderos colaboradores de los jesuitas, afirmamos que deseamos colaborar (a) como *laicos*, que es lo que somos; (b) *trabajando en colaboración*; (c) *siendo sostenidos*, no sólo financieramente, sino que ciertamente somos sostenidos *espiritual y académicamente*; (d) por eso tenemos necesidad de ser ayudados y enriquecidos por el carisma de San Ignacio. Estamos convencidos de que el verdadero colaborador laico de una institución jesuita debería tener la oportunidad de hacer regularmente los Ejercicios de ocho días; y, sobre todo, debería recibir la formación de base que lo haga capaz de dar los Ejercicios ignacianos dirigidos (según la anotación 19, ejercicios de tres u ocho días, etc.). Por su puesto, la Compañía, concretamente a través de la institución, debería asegurar el apoyo necesario para esto.

El pasado 10 de febrero, treinta laicos, Amigos en el Señor, se encontraron

para un día de retiro. Los temas estudiados y compartidos fueron -según nuestra misión-visión- que somos (1) un grupo de laicos iniciados; (2) colaboradores de los jesuitas; (3) comprometidos a caminar con el apoyo de los jesuitas; (4) en la proclamación y testimonio del Reino de Dios; con nuestros diferentes dones personales; y (6) con el carisma de San Ignacio, en especial los Ejercicios Espirituales.

Luego, teniendo en cuenta que el grupo discutió sobre lo que la presencia jesuita debe producir entre nosotros, se hizo hincapié en los siguientes puntos, entre otros: (1) para enriquecernos con el carisma ignaciano y para mirar la tradición jesuita; (2) ser líderes para inspirarnos de tener la visión de los jesuitas y nos ayudar a estar formados como hombres y mujeres que aprecian la misión de Cristo sobre todas las cosas; (3) ser ejemplos de servicio desinteresado, más que de deseo de hacer carrera; (4) estar atentos de la integridad de la persona más que de las exigencias y de la eficacia del cometido.

Nuevamente, muchas gracias. Unidos en la oración.

La Sra. Cristina A. Ong, ha contribuido al lanzamiento de los Laicos, Amigos en el Señor en 1991 y actualmente es la coordinadora administrativa de unos cuarenta miembros, profesores y equipo directivo. El P. Arsenio C. Nuñez, S.J. es ministro del campus para la facultad y el equipo. Sus actividades han sido indicadas en el último número de nuestra revista (95) en "En las Fronteras".

& Australia

Robyn Treseder

Echando un vistazo hacia atrás, no sobre 10 sino sobre 20 años, me viene a la mente el coloquio que tuve cuando mi hijo fue aceptado como estudiante en el Colegio de San Ignacio para sus últimos ocho años de educación escolástica durante el cual se me preguntó que esperaba que la escuela hiciera por mi hijo. Respondí que lo que esperaba es que la escuela

hiciera lo que nosotros no podíamos hacer en casa, es decir, educar su potencial, que le permitiría abrazar una carrera y continuar lo que nosotros habíamos hecho en casa, que había sido educar a nuestro hijo para hacerlo un joven moral, atento y cristiano. El jesuita respondió que esto era lo que normalmente ellos pedían a los padres de familia, de ayudarlos. Mi respuesta fue que me parecía que si no trabajábamos juntos, sería muy difícil obtener el resultado deseado. Quizás ésta, antes que el nombre, fue mi primera experiencia de colaboración jesuitas-laicos. Esta especie de colaboración existe desde hace bastante tiempo.

Desde la carta del padre General Kolvenbach “A los amigos y colaboradores de la Compañía de Jesús” de 1991, mi experiencia de colaboración y cooperación jesuitas-laicos, de estos diez últimos años ha sido de todo otro tipo. Se llevó a cabo a través de mi implicación en la Asociación de ex-alumnos jesuitas australianos [Australian Jesuit Alumni Association, AJAA]. Constituida en 1990, la AJAA me ha dado oportunidad de participar en la colaboración y cooperación jesuitas-laicos y en la espiritualidad ignaciana, teniendo un papel activo en su misión de ayudar a la Compañía de Jesús a realizar la promoción de la fe y de la justicia. En la declaración de la visión de la AJAA se pueden leer tres maneras de realizar esta tarea: (1) establece una colaboración y una cooperación entre jesuitas y los ex-alumnos; (2) integra la fe de sus miembros en su vida personal y profesional; (3) y promueve la justicia impregnando de valores evangélicos las responsabilidades profesionales y cívicas de los miembros.

Cuando la AJAA fue fundada, el jesuita que iniciaba la formación, llamaba a un grupo de seis alumnos de las escuelas de la Compañía de Australia y les preguntaba cuál era el mejor modo de trabajar para constituir esta nueva asociación de alumnos. Durante la discusión se decidía que existía poco o nada de contactos con los jóvenes después de haber salido de la escuela, y que se les ofrecía poco que fuera específicamente destinado a ayudarles en el desarrollo de su “persona integral”, y por lo tanto, éste era un terreno en el que la AJAA podía dar alguna ayuda.

También, desde hace algunos años, habíamos dirigido “cursos de liderazgo” para adultos jóvenes, principalmente de 25 a 35 años. En esta edad, los jóvenes han completado su formación, sus cursos universitarios y se han instalado en carreras y emprendido su vida de trabajo, dedicando

largas horas para afirmar su carrera. Un jesuita es director del curso y yo lo asiste con uno o dos “ancianos” -que hemos vivido y tratado con la vida un poco.

Nos reunimos diez o doce participantes y durante el tiempo que estamos juntos, los invitamos a ir hacia tras y hacer un inventario de su vida: ¿existe un equilibrio? ¿qué ha faltado? ¿qué se podría mejorar? ¿existe un lugar para su fe? Seguimos una formula, pero cada curso es diferente, porque cada uno determina su propio orden del día. Después de muchas discusiones, llegamos a una lista de temas planteados como areas problemáticas, y a las preguntas que se han hecho sobre los diferentes temas, incluida la fe. Esto entonces se convierte en el orden del día. Es interesante notar que si cada curso es diferentes, existen dos campos comunes a todos los cursos: las exigencias de sus carreras y las cuestiones de fe. Por lo que se refiere a esta última, los participantes hacen siempre un excelente recurso al sacerdote director, con el que discuten sus preocupaciones y sus interrogantes.

Durante el curso, se introduce la “Oración para todo tipo de negocios”. Se pide a los participantes del curso, de concentrarse, invitar al Señor y revisar su día o su semana, luego considerar sus respuestas en un ambiente tranquilo, impregnado de reflexión y oración– el examen.

Se estudia igualmente el liderazgo: que es lo que hace los líderes; la importancia de buenos líderes; y cómo ellos mismos, la generación que comienza, pueden ser llamados a jugar un papel de líderes en su familia, su comunidad, su carrera, y en lo demás. Hay jóvenes muy articulados y cuestionantes que quieren respuestas. Ellos responden muy bien al ambiente creado durante los breves cursos y participan muy bien. Tratamos de ofrecerles dos cursos por año, con una misa y una reunión durante Navidad, cuando los diferentes grupos tienen alguna posibilidad de encontrarse. Nosotros tenemos también cada año un retiro de fin de semana.

*vivimos la colaboración
jesuitas-laicos como parte de
la gran comunidad de la
Unión mundial de
ex-alumnos de la Compañía*

Esta es, pues, una manera, con la que nosotros de Australia vivimos la colaboración jesuitas-laicos y la espiritualidad ignaciana y una de las maneras con las que la AJAA obra por nuestra misión, como parte de la gran comunidad de la Unión mundial de ex-alumnos de la Compañía.

Tengo todavía presente la reunión del Consejo de la Unión Mundial, celebrada en Roma a finales de enero de 2001. Allí encontré a delegados de todo el mundo, que trabajan de diferente manera en la cooperación jesuitas-laicos para ayudar a la Compañía de Jesús en su búsqueda de la “fe y de la justicia para todos”. Fue un privilegio, mientras estuvimos en Roma, escuchar al padre Kolvenbach que se dirigía a nosotros, el Consejo de la Unión mundial de ex-alumnos de la Compañía. El mensaje que nos dirigió en enero 2001 evoca su carta de 1991. Nos ha venido a reforsar su compromiso y el de la Compañía hacia la colaboración jesuitas-laicos y el valor profundo de nuestro trabajo junto - *Ad Majorem Dei gloriam*.

Termino, inspirándome en las palabras de nuestro Provincial de Australia al final de su homilía de la misa de clausura del Congreso mundial de ex-alumnos jesuitas en Sydney, Australia, en julio 1997.

Amigos en el Señor,

*que podamos sentir la fuerza de la familia ignaciana detrás de nosotros
podamos soñar en la libertad y creatividad
podamos amar tiernamente a nuestro Señor
podamos la vida plenamente
y podamos aportar la esperanza a todos los que
encontramos en nuestro camino*

Amén.

La Sra. Robyn Treseder vive en Sydney, Australia. Es secretaria/tesorera de la Asociación de Ex-alumnos jesuitas de Australia y editora del AJAA Journal, publicado tres veces al año. Es también miembro del Consejo para Oceanía de la Unión Mundial de ex-alumnos jesuitas.